

PÍNTAME EL CIELO

Valentina colorea su dibujo. Ha vaciado la caja de ceras en el suelo del salón y está transformando el blanco del papel en una fiesta de color en la que los trazos danzan alegremente y saltan fuera del espacio asignado. «Utiliza todos los colores...», pienso absorto.

Durante mi adolescencia pinté mucho; pero, a diferencia de Valentina, yo lo hacía de forma monocromática, porque así era mi mundo. Y con espray, para dispersar más rápido lo que necesitaba transmitir —o soltar—. Escupía mi rabia en forma de aerosol, transformándola en arte mediante una técnica reprobada por la mayoría de la sociedad —como lo estaba yo—, y me sentía aliviado al contemplar cada nuevo agravio incrustado sobre muros, paredes y trenes.

Así, con los insultos de mis compañeros de instituto teñí de rojo las paredes de antiguas fábricas abandonadas que lucieron su esplendor en una época en la que la industria textil era el motor de la economía de Mataró. De color naranja impregné los comentarios envenenados de la cotilla del tercero, arrojándolos contra varios puentes de la autopista. Los reproches —merecidos— de Ainhoa, a la que utilicé para guardar las apariencias, los estampé en amarillo sobre las vallas de las vías de tren. El trato discriminatorio que recibí en mi primer empleo lo dejé atrapado entre los muros del campo de fútbol de mi barrio —igualando el tono de verde al de su césped—. A los sarcasmos de mi abuelo —no todos fruto de su senectud— les dediqué un azul celeste y los encarcelé en casas deshabitadas de urbanizaciones perdidas por la montaña. Y con el añil como protagonista, cubrí vagones de tren intentando enviar muy lejos las justificaciones con las que algunos profesores excusaban determinados comportamientos. El violeta solo lo utilicé una vez, cuando, armado de valor, le hablé a mi padre de mi homosexualidad y, finalizada la conversación, corrí hacia la playa de los puentes a esparcir su decepción por las viejas piedras, dejando una impronta salpicada con salobre de mar y lágrimas.

Me siento en el suelo, al lado de Valentina. Sonrío al ver su dibujo. Sobre un triángulo acoplado a un cuadrado figura la palabra «casa» escrita en letra de palo; un pequeño círculo con dos puntitos y una raya, colocado en el extremo de un elipse del que cuelgan cuatro líneas, conforman la imagen identificada como “Tadeo”, nuestro perro; círculos y líneas unidas en armonía forman dos figuras humanas idénticas, con idénticas palabras bajo sus pies: «papa».

—Ten, solo falta pintar el cielo. —Ofreciéndome el color azul claro.

En ese cielo incoloro flotan nubes de algodón y brilla un sol de purpurina. Empiezo a colorearlo suavemente, sin apretar la punta, inclinando la cera para que resulte un azulado claro y uniforme. Ya está. Terminado.

«He utilizado un solo color...». Continúo.

—¡Haaala! Te ha quedado chulísimo. —Aplaude Valentina.

Un gran arcoíris luce en el cielo de papel de mi hija.